

# NOTICIAS SECRETAS Y P



# PUBLICAS DE AMERICA

Edición de  
Emir Rodríguez Monegal



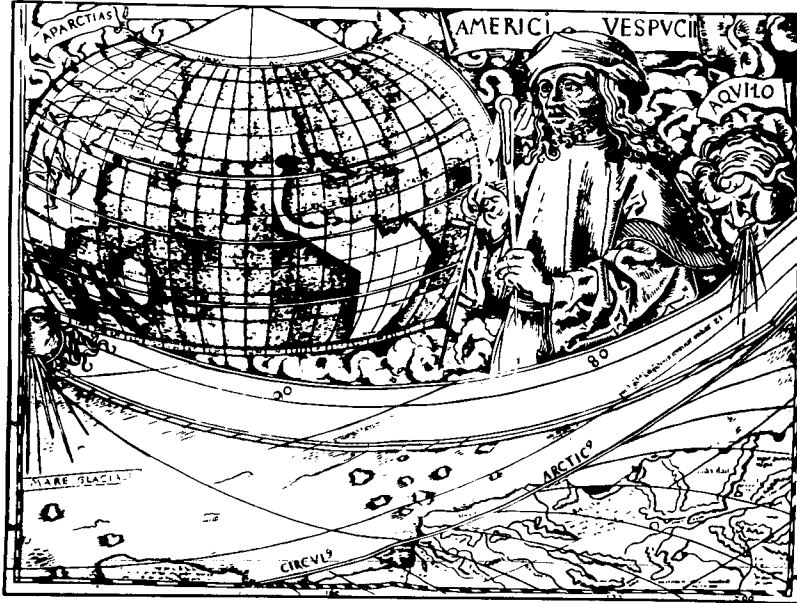
### 3. Amerigo Vespucci: *El Nuevo Mundo*

Colón descubrió las Nuevas Indias para Europa, pero quien tuvo el privilegio de llamarlas Nuevo Mundo, y hasta de darles su nombre, fue su compatriota, Amerigo Vespucci. Nacido en Florencia en 1454 (tres años más tarde que Colón en Génova), Vespucci tenía la desventaja de no ser un navegante. Pero su educación era excelente y podía leer directamente las nuevas cosmografías latinas publicadas por humanistas y cartógrafos. Por eso, en los cuatro viajes que hizo a las Indias, pudo medir con mayor precisión las distancias y llevar sus exploraciones más al Sur. Después de su tercer viaje (1501-02), en que descubrió el estuario del Plata y casi alcanzó lo que es hoy el Estrecho de Magallanes, quedó convencido de que las Indias Españolas no eran parte del Asia, sino un vasto y desconocido continente.

Vespucci escribió varias cartas sobre sus descubrimientos y exploraciones, que fueron ampliamente difundidas, no sólo en latín, sino en las más importantes lenguas europeas de la época. Fueron, sin duda, leídas por Thomas More que tomó prestados algunos detalles para su *Utopía* (1516) —su viajero portugués imaginario acompañó supuestamente a Vespucci en uno de sus viajes—, así como la característica de no tener los utópicos, como los indios, propiedad privada y prestar poca atención al oro. Otra consecuencia de las cartas de Vespucci fue aún más duradera: al preparar su *Cosmographiae introductio* (1507), Martin Waldseemüller escribió sobre el mapa del Nuevo Mundo la palabra *América*, en homenaje al sabio viajero cuya información había usado. Otros cosmógrafos siguieron el

ejemplo. Desde entonces, el nombre de Vespucci obliteró el de Colón, por lo menos toponímicamente. Por desdicha, los historiadores se mostraron más irreductibles. Ya en su época, fue acusado de robar la gloria de Colón; algunos críticos del siglo XIX llegaron a afirmar que sus cartas eran un tejido de mentiras y que probablemente no hizo cuatro viajes al Nuevo Mundo. Es verdad que algunas de sus cartas han llegado hasta nosotros en copias imperfectas. Pero fueron publicadas y circularon profusamente durante el siglo XVI sin despertar ninguna sospecha. El hecho de que eran deliberadamente vagas y hasta reticentes se puede entender en el contexto de aquel tiempo: Vespucci estaba escribiendo sobre viajes que en muchos sentidos eran muy secretos. De sus cuatro exploraciones, las dos primeras (1497, 1500) fueron financiadas por el Rey de España y tocaron aquella parte del Nuevo Mundo que el Papa Alejandro VI (español de origen) había reservado generosamente a España en su bula de 1493. Sus dos últimos viajes (1501 y 1504) fueron financiados por el Rey de Portugal y después de haber dejado Vespucci España sin avisar a la Corona. Probablemente fue entonces encargado por los portugueses de encontrar una ruta occidental hacia la India. Para lograrlo, debía navegar en aguas españolas. Es fácil comprender que en sus cartas fuera reticente; aún hoy, las exploraciones del sistema solar por parte de norteamericanos y soviéticos están rodeadas de misterios y desinformaciones.

De todas formas, Vespucci quería que Europa entera supiese de sus descubrimientos. Gracias a sus cartas, el tamaño verdadero del Nuevo



*Retrato del comerciante,  
navegante y cartógrafo  
Amerigo Mateo Vesputti  
(1452-1512).  
Del mapa mundi  
de Martin Waldseemüller,  
St. Dié, 1507*

### COSMOGRPHIAE

Capadociam/Panphiliam/Lidiam/Ciliciã/Arménias maiorē & minorē. Colchiden/Hircaniam/Hiberiam/Albaniã: et præterea mltas quas fingulatim enumerare longa mora esset. Ita dicta ab eius nominis regina.

Nūc v̄o & hę partes sunt latius lustratę / & alia quarta pars per Americū Vesputiū (vt in sequentibus audietur) inuenta est / quā non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore sagacis ingenij v̄i Americo Amerigen quasi Americi terrā / siue Americam dicendā: cū & Europa & Asia a mulieribus sua sortita sint nomina. Eius sitū & gentis mores ex his binis Americi nauigationibus quę sequunt̄ liquide intelligi datur.

*La página de  
Cosmographiae  
Introductio de  
Martin Waldseemüller,  
St. Dié, 1507,  
donde aparece  
por primera vez el  
Nuevo Mundo con la  
denominación de  
América, en honor a  
Amerigo Vesputti*

Mundo comenzó a conocerse. La carta de 1503 que se reproduce aquí fue llamada, en su versión latina, «*Mundus novus*»; allí resume Vesputti sus propias observaciones de la tierra y sus habitantes. Es menos hiperbólica que las cartas de Colón. Como un

primitivo y espontáneo Malinowski, Vesputti registró allí su inocente asombro ante la belleza de las muchachas nativas, y su liberalidad con los europeos. Una perspectiva más realista sobre el Nuevo Mundo empezaba a formarse ya.

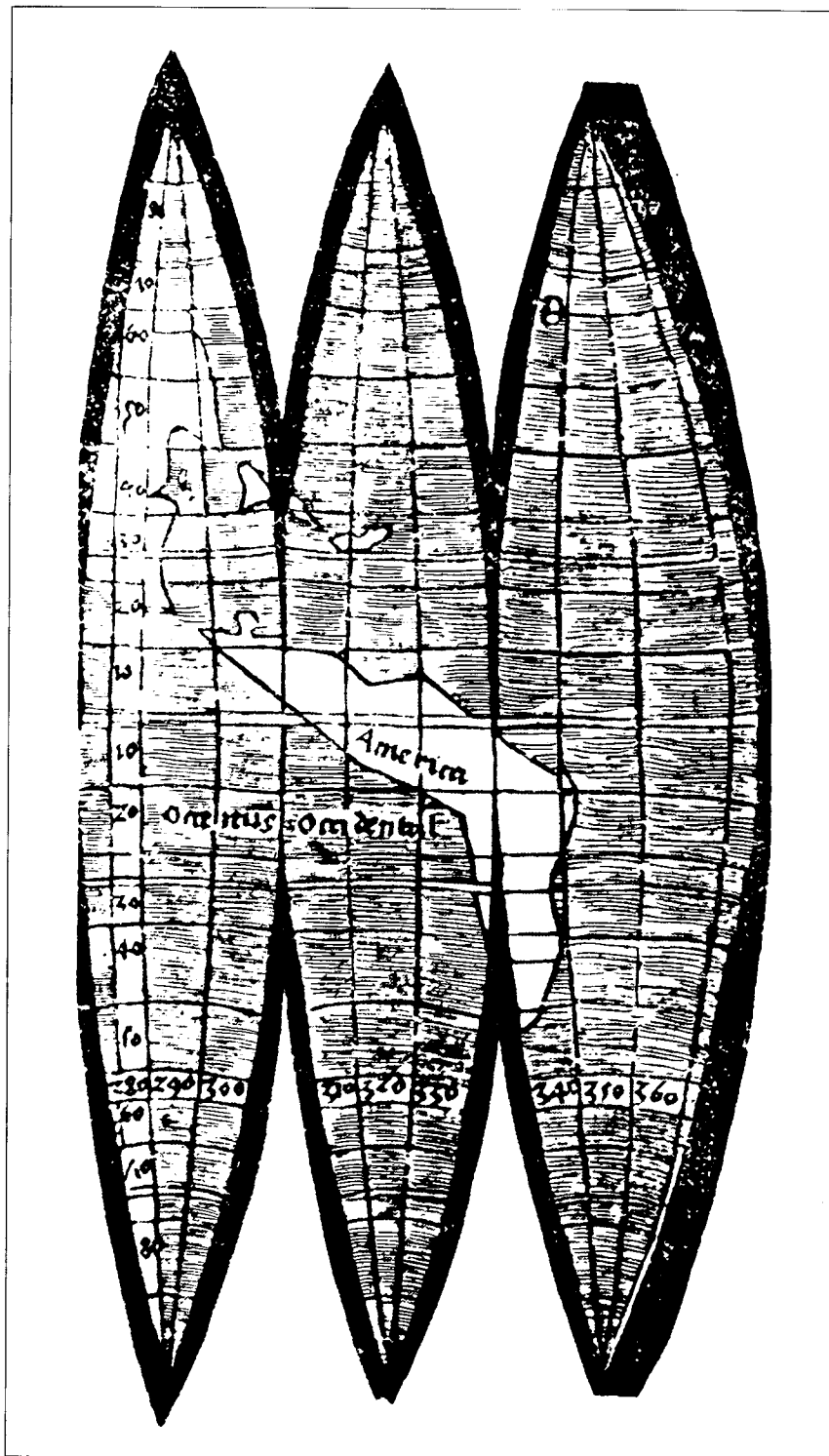
Amerigo Vespucci a Lorenzo Medici, Salud:

**D**ías pasados muy ampliamente te escribí sobre mi vuelta de aquellos nuevos países, los cuales, con la armada y a expensas y por mandato de este serenísimo Rey de Portugal, hemos buscado y descubierto. Nos es lícito llamarlos Nuevo Mundo porque, en tiempos de nuestros mayores, de ninguno de aquéllos se tuvo conocimiento y, para todos los que lo oyeran, será novísima cosa, ya que esto excede la opinión de nuestros antepasados, según la cual más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente, sólo el mar, al cual han llamado Atlántico. Y, si alguien ha afirmado que había allí continente, ha negado, con muchas razones, que aquélla fuera tierra habitable. Pero que esta opinión es falsa y totalmente contraria a la verdad, lo he atestiguado con esta mi última navegación, ya que en aquella parte meridional yo he descubierto el continente habitado por más multitud de pueblos y animales que nuestra Europa, o Asia o bien África, y por el aire más templado y ameno que en otras regiones por nosotros conocidas, como más abajo sabrás. Sólo de las cosas principales escribimos brevemente y de las más dignas de anotarse y de recordar, las cuales fueron en este nuevo mundo por mí vistas o bien oídas, como más adelante serán referidas. (...)

De modo que navegamos siguiendo el litoral cerca de 600 leguas, y muchas veces descendimos a tierra y hablábamos y nos comunicábamos con los del país, y éramos recibidos por éstos fraternalmente; alguna vez estuvimos con ellos 15 y 20 días continuos amigablemente y hospitalariamente, como sabrás luego. De este continente una parte está en la zona tórrida, más allá de la línea equinoccial hacia el polo antártico, ya que su principio comienza a los 8 grados más allá de esa equinoccial. Siguiendo esta playa tan largo tiempo navegamos que, pasado el Trópico de Capricornio, encontramos el polo antártico en su horizonte más alto, 50 grados, y estuvimos cerca de este círculo antártico en los 17 grados y medio. Y lo que allí he visto y conocido de la naturaleza de aquella gente y de sus costumbres y su afabilidad, y de la fertilidad de la tierra, de la salubridad del aire, de la disposición del cielo y de los cuerpos celestes y principalmente de las estrellas fijas de la 8.<sup>a</sup> esfera, por nuestros mayores nunca vistas o no tratadas, más abajo narraré.

Naturaleza y costumbres de aquella gente

Primeramente, pues, en cuanto a la gente. En aquellos países hemos encontrado tal multitud de gente que nadie podría enumerar, como se lee en el Apocalipsis, gente, digo, mansa y tratable. Y todos, de uno y otro sexo, van desnudos, no se cubren ninguna parte del cuerpo, y así como han salido del vientre de la madre así hasta la muerte van. Tienen cuerpos grandes, bien plantados, bien dispuestos y proporcionados y de color tirando al rojo, lo cual pienso les acontece porque, andando desnudos, son teñidos por el sol. Y tienen los cabellos abundantes y negros. Son ágiles en el andar y en los juegos, y de una franca y hermosa cara, que ellos mismos destruyen. Pues se perforan las mejillas, los labios, las narices y las orejas; y no se crea que aquellos agujere-



*Detalle de la primera  
aparición del nombre de  
América en mapa del  
cartógrafo e impresor  
Martin Waldseemüller,  
St. Dié, 1507*

ros sean pequeños o que tuvieran uno sólo: pues he visto a muchos, que tienen, en la cara solamente, 7 perforaciones, cada una de las cuales del tamaño de una ciruela; y cierran ellos estos agujeros con piedras cerúleas, marmóreas, cristalinas y de alabastro, bellísimas y con huesos blanquísimos y otras cosas artificiosamente labradas según su costumbre; si vieses cosa tan insólita y a semejante monstruo, o sea un hombre que tiene sólo en las mejillas y en los labios 7 piedras, de las cuales muchas son del tamaño de medio palmo, no dejarías de admirarte. Pues muchas veces he considerado y señalado el peso de estas 7 piedras en 16 onzas, sin contar que en cada oreja tienen otras piedras pendientes en anillo de 3 orificios; y esta costumbre es sólo de los hombres, pues las mujeres no se agujerean la cara, sino sólo las orejas. Otra costumbre hay entre ellos muy atroz y fuera de toda credulidad humana. Pues, siendo sus mujeres lujuriosas, hacen hinchar los miembros de sus maridos de tal modo que parecen deformes y brutales, y esto con un cierto artificio suyo y la mordedura de ciertos animales venenosos. Por causa de esto, muchos de ellos lo pierden y quedan eunucos. No tienen paños de lana ni de lino ni aun de bombasí, porque nada de ello necesitan. Ni tampoco tienen bienes propios, pero todas las cosas son comunes. Viven juntos sin rey, sin autoridad y cada uno es señor de sí mismo. Toman a tantas mujeres cuantas quieren, y el hijo se mezcla con la madre, y el hermano con la hermana, y el primo con la prima y el viandante con cualquiera que se encuentra. Cada vez que quieren deshacen el matrimonio, y en esto ninguno observa orden. Además no tienen ninguna iglesia, ni tienen ninguna ley, ni siquiera son idólatras. ¿Qué otra cosa diré? Viven según la naturaleza, y pueden llamarse más justamente epicúreos que estoicos. No son entre ellos comerciantes ni mercan cosa alguna. Los pueblos pelean entre sí sin arte y sin orden. Los viejos con ciertas peroraciones inclinan a los jóvenes a lo que ellos quieren, y los incitan a la batalla, en la cual cruelmente juntos se matan. Aquellos que en la batalla resultan cautivos, no vivos sino para su alimento les sirven, en ocasión de ser matados; pues que unos a otros los vencedores se comen a los vencidos, y de la carne, la humana es entre ellos alimento común. Ésta es cosa verdaderamente cierta; pues se ha visto al padre comerse a los hijos y a la mujer. Y yo he conocido a un hombre, con el cual he hablado, del que se decía había comido más de 300 cuerpos humanos. Y aún estuve 27 días en una cierta ciudad, donde vi en las casas la carne humana salada y colgada de las vigas, como entre nosotros se usa ensartar el tocino y la carne de cerdo. Digo mucho más: que ellos se maravillan porque nosotros no matamos a nuestros enemigos, y no usamos su carne en las comidas, la cual dicen ser sabrosísima. Sus armas son el arco y la flecha. Cuando se enfrentan en batalla, no se cubren ninguna parte del cuerpo para defenderse, de modo que, aun en esto, son semejantes a las bestias. Nosotros, cuando nos ha sido posible, nos hemos esforzado en disuadirlos y en cambiar estas costumbres perversas, que nos prometieron abandonar. Las mujeres, como te he dicho, aunque andan desnudas y son libidinosas, no tienen nada defecioso en sus cuerpos, hermosos y limpios, ni tampoco son tan groseras



*Ilustración de un episodio narrado en la Carta Soderini de Amerigo Vespucci, Estrasburgo, 1509.*

*Los informes sensacionalistas del navegante italiano despertaron en su época mayor resonancia aún que los relatos de Colón, debido a las frecuentes alusiones al canibalismo y la libre sexualidad de los indígenas. En la ilustración, un joven marinero trata de entablar contacto con algunas mujeres indias. Mientras es acariciado por varias de ellas, se le acerca otra mujer por la espalda y lo mata*

como alguno quizá podría suponer, porque aunque son carnosas, falta a la par de ello la fealdad, la cual en la mayor parte está disimulada por la buena estatura. Una cosa nos ha parecido milagrosa, que entre ellas ninguna tuviera los pechos caídos; y las que habían parido por la forma del vientre y la estrechura no se diferenciaban en nada de las vírgenes; en las otras partes del cuerpo parecían lo mismo, las cuales por honestidad no menciono. Cuando con los cristianos podían unirse, llevadas de su mucha lujuria, todo el pudor de aquéllos manchaban y abatían. Viven 150 años y pocas veces se enferman y, si caen en una mala enfermedad, a sí mismos se curan con ciertas raíces de hierbas. Estas son las cosas más notables que conocí acerca de aquéllos. El aire allí es muy templado y bueno, y, según pude saber por relación de ellos mismos, nunca hubo allí peste o enfermedad alguna, producida por el aire co-



rrompido. Si no se mueren de muerte violenta, viven una larga vida, creo, porque allí siempre soplan vientos australes y especialmente aquél que nosotros llamamos euro, el cual significa para ellos lo que para nosotros el aquilón. Se deleitan pescando; y aquel mar es muy apto para pescar, porque es abundante de toda especie de pescados. No son cazadores, pienso, porque, habiendo allí muchas generaciones de animales silvestres y principalmente leones y osos, e innumerables serpientes y horribles y deformes bestias, y además selvas grandísimas y árboles de inmenso tamaño, no tienen la osadía de exponerse desnudos, sin defensa alguna ni armas, a tantos peligros.

Fertilidad de la  
tierra y calidad del  
cielo

La tierra de aquellos países es muy fértil y amena, con muchas colinas, montes e infinitos valles y abundante de grandísimos ríos y de salutíferas fuentes ricas en aguas y dilatadísimas selvas densas e impenetrables y copiosamente llenas de toda generación de fieras. Árboles grandes arraigan allí sin cultivador, de los cuales muchos frutos son deleitables al gusto y útiles a los humanos cuerpos, otros verdaderamente al contrario: y ningún fruto es allí semejante a los nuestros. Se producen allí innumerables especies de yerbas y raíces, de las cuales hacen pan y óptimas viandas. Y tienen muchas simientes absolutamente distintas a las nuestras. Ninguna especie de metal allí se encuentra, excepto oro, el cual en aquellos países abunda, aunque nada de ello hemos traído nosotros en esta nuestra primera navegación. Y de esto nos dieron noticia los habitantes, los cuales nos afirmaban que, allá, tierra adentro, había grandísima abundancia de oro, no siendo entre ellos estimado en nada ni tenido en aprecio. Abundan las perlas, como otras veces te he escrito. Si de todas las cosas que allí son dignas de recordar, y de las distintas generaciones de animales y de su multitud quisiera escribir, sería cosa de todos modos prolija y considerable. Y creo ciertamente que nuestro Plinio no haya tocado la milésima parte de las especies de los papagayos y del resto de los otros pájaros e igualmente animales, que están en aquellos mismos países, con tanta diversidad de figuras y de colores que Polignoto, el artífice de la perfecta pintura, habría fracasado en pintar a aquéllos. Todos los árboles allí son olorosos y mana goma de cada uno, o también aceite o también cualquier otro licor, de los cuales, si las propiedades nos fueran conocidas, no dudo de que a los humanos cuerpos serían saludables. Y ciertamente, si el paraíso terrestre en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países. De los cuales el lugar, como te he dicho, está al mediodía, en tanta templanza de aire que allí nunca se conocen ni los inviernos helados ni los veranos cálidos.

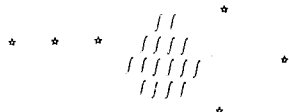
Las estrellas de  
aquel polo  
antártico

El cielo y el aire una gran parte del año están serenos y vacíos de densos vapores. En aquel lugar las lluvias caen menudamente y duran por 3 ó 4 horas, y se disipan a semejanza de una niebla. El cielo está adornado de bellísimos signos y figuras, en los cuales yo he notado cerca de 20 estrellas de tanta claridad como algunas veces hemos visto a Venus y a Júpiter. Los movimientos y circuitos de ellas he considerado y he medido la circunferencia y el diámetro simplemente por métodos

geométricos, y he conocido ser ellas de mayor magnitud. Vi en aquel cielo 3 Canopes, 2 verdaderamente claros y el otro oscuro. El polo antártico no está representado por la Osa mayor y menor, como nuestro ártico aparece, ni cerca de áquel se ve estrella clara alguna; y de éstas las que son impulsadas con breve órbita alrededor de aquél, 3 son las que tienen la figura del triángulo ortogonal, de las cuales la que está en el medio tiene 9 grados y medio de circunferencia; y, cuando éstas surgen por la izquierda, se ve un Canope blanco de singular grandeza: cuando llegan a mitad del cielo, tienen esta figura:



Después de éstas vienen otras dos, de las cuales la del medio tiene la circunferencia de 12 grados y medio de diámetro, y con ellas se ve otro Canope blanco. Y a éste seguían otras 6 estrellas bellísimas y clarísimas entre todas las otras de la octava esfera, de las cuales, en la superficie del firmamento, la del medio tiene la circunferencia de 32 grados de diámetro; y con ellas va un Canope negro de una gran magnitud, y, si se ven en la Vía Láctea, cuando están en la línea meridional, tienen esta figura:



Muchas otras estrellas bellísimas he conocido, de las cuales he anotado diligentemente, y muy bien, los movimientos, en cierto librito mío que especialmente escribí durante esta navegación, el cual al presente tiene este serenísimo Rey, que espero me lo restituirá. En aquel hemisferio he visto cosas no conformes a la razón de los filósofos. La blanca Iris cerca de la medianoche ha sido vista dos veces, no solamente por mí, sino por todos los marineros. Asimismo, muchas veces hemos visto la luna nueva en el día en que con el sol se conjugaba. En aquella parte del cielo, cada noche cruzan en todas direcciones muchísimas exhalaciones y luminarias. Te dije un poco antes: aquel hemisferio, no obstante, hablando con propiedad, no es del todo hemisferio con respecto del nuestro; sin embargo, porque se asemeja a tal forma, así me ha parecido llamarlo. (...)

Yo te pido perdón si ésta mi última navegación, o mejor última jornada, no te la he mandado, como por mis últimas cartas te había prometido. Creo que tú entiendes la causa, que de este serenísimo Rey ni aun los libros he podido tener. Yo pienso que aún haré la jornada cuarta y, resuelto que yo tenga esto, ya nos han hecho la promesa de dos naves con sus armamentos a fin de que me apreste a buscar nuevas regiones hacia mediodía de la banda de levante por el viento, que se llama ábrego. Muchas cosas pienso hacer allí en alabanza de Dios y utilidad de este reino y honor de la vejez mía. Y ya nada más espero, sino la licencia de este serenísimo Rey. Dios permita que ello sea para bien. Sabrás aquello que se haga.

Cosas de aquel hemisferio que rechazan los filósofos

Excusaciones de Amérigo y cuál es su pensamiento